

La LIJ entre el arte y la demanda.

Toño Malpica

Cuando iba a salir de sexto de primaria, mi mamá decidió regalarme un libro. De hecho, no sólo a mí. Había comprado varios ejemplares del mismo título para regalar también a mis primos en cuanto les llegara el momento. Tenía los volúmenes sobre una cómoda, ya empacaditos y listos para ser entregados. Yo no había recibido nunca un libro de regalo y la verdad me hacía mucha ilusión recibir el primero. Incluso vale la pena decir que, hasta ese momento, tampoco había leído ninguna novela completa; y ésta se veía gorda y prometedora. Cuando el asunto de la toga y el birrete quedó atrás, recibí mi libro y me senté a hincarle el diente con entusiasmo. El libro se llamaba "Hace falta un muchacho", era de Arturo Cuyás, y yo hice apetito al instante; pensé que se trataría de una novela donde un chico se pierde y la policía se vuelve loca buscándolo, seguramente con sus buenas dosis de sangre y pólvora a la hora del rescate. Baste decir que no pude llegar ni a la mitad. La naturaleza edificante del texto incluso me hizo pensar que mi madre veía en mí algo tan torcido que valía la pena rectificar antes de que fuera demasiado tarde. Cuando le pregunté por qué ese libro en particular, sólo me dijo que alguien se lo había recomendado como "algo bueno para regalar a un niño que sale de sexto año". "¿Y sí está bueno?", preguntó sin dejar de zurcir o lo que estuviera haciendo. Cuando levantó la vista yo ya estaba a cientos de metros de ahí, pateando la pelota en el parque.

Seguramente fue mi primer encuentro con el desencuentro generacional en materia de libros. Porque, aunque mis padres nunca fueron grandes lectores, lo cual fue factor clave para que yo de niño tampoco lo fuera, sí me pareció increíble que mi madre creyera que algo así pudiera gustarme. Mínimamente.

Antes de eso yo ya había comprado un libro por mi cuenta. Uno solo. Y aunque no tenía nada de literario, sí de encantador para mí. Uno de esos libros pseudo enciclopédicos que comprabas por correo al Seleccioner del Reader's Digest. "El gran libro de lo asombroso e inaudito". Lo estuve pagando mes con mes. Y ni un solo centavo de mis domingos me dolió haber sacrificado para hacerme de esa "joya". Hombres lobo que *sí* existieron, fotos *auténticas* de ovnis y *contundentes* pruebas de la existencia de los fantasmas sazonaron mi infancia. Leí el libro desde la página legal hasta el índice. Y enfrente de todo el mundo.

Pero mi mamá me regaló un manual para portarme bien pudiendo regalarme "Drácula", "Frankenstein" o "Las crónicas marcianas".

Años setenta. Ciudad de México. No había FILIJ. No existía la colección "A la orilla del viento". No había promotores editoriales haciendo antesala en las escuelas para acceder a planes lectores. Nombres como Roald Dahl, Michael Ende o Astrid Lindgren no le decían nada a nadie en escuela alguna. O en poquísimas.

Pero ya se había inventado el bonito concepto del "Eso te gusta pero esto vas a leer".

Que es tan viejo como el tiempo.

Seguramente está en nuestros genes y hasta en alguna oculta instrucción evolutiva que, como mayores, dictemos la regla, que descalifiquemos la opinión de los pequeños. Y seguramente algo hay de válido en ello o no habríamos sobrevivido como especie. No si el nómada de las cavernas se hubiese detenido cada cien metros a preguntarle a sus hijos si les parecía bien el camino que estaban tomando. O si les apetecía mamut o bayas para la cena.

Pero también es cierto que en materia de literatura infantil y juvenil el problema es un poco más complejo.

Específicamente, en materia de todo "arte" cuyo principal objetivo sean los niños. O los jóvenes.

Ese mismo hombre de las cavernas, pintando al interior de la caverna, habría tenido que preguntar a sus hijos si la escena de cacería les gustaba o no, en el hipotético caso de que la estuviera pintando para satisfacerlos a ellos. Así de elemental.

Y es que, aunque todos sabemos que los niños han existido desde siempre porque todos hemos sido niños alguna vez (excepto la espantosa señorita Trunchbull, claro), el concepto de infancia se ha ido construyendo poco a poco a lo largo del tiempo. Y esa idea que seguramente tuvo nuestro hombre de las cavernas de que en realidad sus hijos no eran otra cosa que mano de obra barata caída del cielo, apenas empezó a ser desechada un par de siglos atrás. E imaginar que los niños pueden emitir una opinión al respecto de los libros que leen parece tan absurdo como habría sido pedirles su opinión para crear la vacuna del sarampión o la varicela.

Así que... ¿cuál demanda?

No es ningún secreto que el mercado de la LIJ se rige por normas peculiares. El consumidor no tiene acceso al producto de una manera libre. El niño, aún si rompe el cochinito (y a menos que lo compre a escondidas) necesita siempre el "permiso" de un mayor para llevarse un libro a casa.

Así que... ¿cuál demanda? ¿La del usuario final o la del que pone el dinero? ¿Cuál exigencia? ¿La del niño o la del papá?

Seamos honestos. No se mide con el mismo rasero. Y si se permite elegir a un niño la composición de su lunch o el nombre de su nueva hermana o el color de las paredes de su habitación podemos llevarnos una buena sorpresa. Con la que muchos adultos no podríamos estar de acuerdo. Pero... ¿se trata de satisfacer al niño o al adulto en materia de LIJ? ¿O a ambos?

Al paso del tiempo ha sido una tarea muy ardua abandonar el utilitarismo en los cuentos infantiles, el ánimo pedagógico y aleccionador que los volvía pesados y

aburridos (pero incuestionables y apropiados) para empezar a comprender qué funciona y qué no con los chicos. Fue tarea de años que los autores se dieran cuenta de que era el humor negro inherente en Pedro Melenas (1844) o las maldades de Max y Moritz (1865) o la naturaleza indómita de Huckleberry Finn (1885) o la desobediencia de Pinocho (1883) o la rebeldía de Peter Pan (1911) lo que conquistaba el corazón de los niños. Y no tanto la encantadora languidez de Enrique, el de "Corazón, diario de un niño", por muy bienintencionado que fuera Amicis al escribirlo.

No pretendo descalificar título alguno, pero es cierto que los chicos, al buscar su propio espacio, al intentar desvincularse de lo ya establecido, transgreden por naturaleza. Alison Lurie, citada por Michèle Petit, dice: "Casi todos los grandes textos para jóvenes son subversivos de una manera u otra" (1). Y de acuerdo a Elisa Corona Aguilar, Roald Dahl comprendió bastante pronto que "el camino hacia la simpatía de los niños era conspirar contra los adultos. Sabía bien que la infancia es una lucha constante en la cual los mayores se convierten en el enemigo que trata de controlar tus deseos exacerbados, que se esfuerza por civilizarte, por convertirte poco a poco en uno de ellos". (2) Matilda contra sus padres; Tom Sawyer contra la tía Polly; Jorge y Berto contra el señor Carrasquilla.

Ejem. Irse de pinta. Soltar una trompetilla a escondidas. Jugar en misa.

El asunto es que todos sabemos o intuimos lo que les gusta, principalmente, a los niños y a los jóvenes. Pero sentimos que concedérselos es como rendirse a una dieta de helado y hamburguesas. El humor, la aventura, el terror, el disparate. Si vas a prescribir algo, que sea algo que "valga" la pena leer.

Y aquí entramos en materia, con esa tremenda palabra que hace cimbrarse al mundo entero de los libros para niños y jóvenes.

Prescribir. Como "ordenar". Prescribir. Como "recetar". (No lo digo yo, lo dice la señora Moliner). Prescribir como hacer entrar un libro en un ejército pero

también como tocarlo con una varita mágica. (Esto sí lo digo yo). La prescripción escolar. Esa gran economía que es como el generoso torrente de un espléndido gasoducto: oculta y dinámica y, desde luego, millonaria. A ella estamos rendidos todos y me aventuro a decir que no hay autor que yo conozca que no se sienta feliz de formar parte. Pues si no fuera por esa escondida maquinaria, lo más seguro es que no venderíamos ni la décima parte de lo que conseguimos gracias a la venta en colegios. Y, desde luego, tampoco seríamos leídos en la misma medida.

Marina Colasanti refiere que, a raíz del fenómeno de Harry Potter, a muchos en Brasil (ella incluida) les sorprendió que un libro infantil se colara a las listas de bestsellers. ¿Por qué? Porque, hablando de LIJ en países como los nuestros, "lo que cuenta es la adopción del libro en los colegios. Los padres y los mismos niños son ignorados. El público desconoce los lanzamientos [...] y el libro llega a manos del niño sin que este haya tenido participación alguna en su elección". (3)

Es decir, sí hay bestsellers pero no hacen tanto ruido. Ninguno llega a la radio o a la tele. Era el 2001 cuando Colasanti escribió eso, pero el asunto sigue más o menos igual. Tirando, claro, a lo desigual. No hay colegio que le pregunte a sus niños qué desean leer para el siguiente ciclo escolar. O no al menos colegio que yo conozca. Y miren que he visitado un montón.

Así que somos los adultos los que decidimos casi siempre. A la hora de pagar en la librería ("¿Otro de princesas? ¡Por Dios, lleva otra cosa!") o a la hora de prescribir en la escuela ("Para el jueves, resumen de la Ilíada con dibujitos, si son tan amables").

Así que vuelvo a preguntar. ¿Cuál demanda? ¿La de la librería en donde al menos el niño puede pasearse por los pasillos y sugerir el de los robots en la portada? ¿O el de la escuela donde no puede decir ni pío? ¿Y está el arte metido en algún lugar de todo este embrollo?

En todo caso, es innegable que hay una demanda que vale más la pena atender. Porque la de las librerías puede dejarte muy desencantado. Conozco al menos una saga mexicana (y no es la mía) que de haberse escrito en inglés y haberse publicado en el extranjero, ya estaría siendo traducida al español. Pero en este país, por el simple hecho de que no pudo incluirse en ningún plan lector, zozobró de la manera más lamentable. Yo mismo he visto números negativos en reportes de regalías de libros "*trade*" que te rompen el corazón y acaban con buena parte de tu autoestima.

Pero no es así cuando se habla de mercado escolar. Así que... ¿quién no querría satisfacer esa demanda si te ofrece, muy amablemente, ayuda para pagar el coche y a lo mejor llevar a la familia de vacaciones a la playa?

La pregunta en realidad es... si los autores estamos sacrificando nuestro virginal arte, arrojándolo a las fauces del volcán, sólo para aplacar la ira del dios demanda (y, desde luego, no caer de su gracia a la hora de que arme el plan lector del siguiente curso).

¿Es en realidad tan temible y tan magnífico y tan implacable y tan cruel y tan benévolo y tan venerado (y tan todo) ese titán de cuento de hadas?

Sí. Es.

Todos lo amamos y todos le tememos.

No obstante, adelanto una primera conclusión de este trabajo: aunque el grandioso dios demanda escolar es digno de temor y reverencia, no es ni tan sordo ni tan ciego ni tan implacable ni tan unilateral ni tan muchas cosas de las que creemos. Parece que, detrás de tanto humo y tanto ruido y tanto efecto especial en realidad está una especie de mago de Oz con el que se puede dialogar y hasta jugar una buena partida de naipes.

Porque... ¿Los autores estamos escribiendo para satisfacer la demanda o estamos siguiendo nuestros más genuinos impulsos creativos, totalmente independientes del mercado?

Ni una ni otra sino todo lo contrario.

La explicación de tal barrabasada es simple: el proceso de escritura no es simple. Es, más bien, complejo. Cuando uno se sabe inmerso en un mundo dinámico, diverso, plural y con múltiples fuerzas tirando en varios sentidos, así sea de una manera inconsciente, siempre toma en cuenta dicho mundo a la hora de escribir *justamente eso* que desea escribir. Es decir, ningún autor de LIJ se abstrae del todo cuando teclea, como si el arte tuviera que ser puro e inmaculado y tan etéreo que jamás pusiera los pies en la tierra. Y menos cuando se trata de niños y jóvenes. Nadie en la LIJ (porque esto supone una gran contradicción si ya pasas de los dieciocho años) escribe "sólo para sí mismo".

Al hablar con mis colegas (y tomando también en cuenta mi propio punto de vista) advertí que todos asumen la responsabilidad de estar escribiendo para lectores en formación. Y es raro el caso (o casi indetectable) de alguien que escriba *sólo* para satisfacer la demanda. Al menos la escolar. Porque, por mucho que se quiera "hacer la corte" a los maestros, el libro igual llegará a las manos de los niños. E igual lo considerarán un fraude si es un fraude. Y aunque sea de a poco, ese autor irá cavando su tumba en la LIJ. Y aquí quiero mencionar a la atinadísima Elsa Aguiar con su atinadísima afirmación: "Literatura Infantil y Juvenil no es la que se escribe para niños sino aquella que los niños hacen suya". (4)

Así que no. No se está creando arteramente para la demanda. Ni la escolar ni la abierta. La primera porque en realidad no dicta ningún canon sino que elige (lo que le place y conviene) de los múltiples catálogos existentes; la segunda porque... bueno... no hay autor latinoamericano que pueda idear la historia de una chica

desvalida y un vampiro guapo y no estar temblando de miedo para siquiera cubrir el anticipo.

Con todo... ¿los autores cambian sus textos, sus documentos originales para satisfacer esa demanda? ¿Los editores piden a éstos que modifiquen tal o cual frase, que quiten dicha alusión sexual, que busquen otra salida a equis incidente incómodo con tal de favorecer la venta del libro?

Sí. Bastante.

¿Y el autor, por tanto, cede a tales solicitudes?

Depende, siempre, de cada uno. Y aunque a veces te sientes como en uno de esos concursos japoneses en los que hay que decidir hasta dónde eres capaz de llegar para recibir la suma prometida, sí puedo afirmar que la franja de concesión es bastante delgada. Es decir, aún a sabiendas de que tal vez estés dejando fuera a todas las escuelas religiosas del país, nadie cambia algo que considere en verdad importante por la apuesta del dinero. Prefieres irte a otra editorial o a la autopublicación o a llorar la pena.

Y sin mencionar nombres (pero sí que todos son casos reales y comprobados) les diré que hay de todo en esta viña del Señor Demanda. Desde el editor que pidió que una sirena cubriera sus impudicias hasta el que quiso sacar la palabra "coger" de un epígrafe, a su vez sacado de un poema de Rubén Darío. Desde el que pidió que en tal libro los adultos no tomaran cerveza, mejor té, hasta el que se horrorizó ante la palabra "tonto". Desde el que consideró inapropiado que una viuda joven pudiera tener un romance hasta el que cuestionó la conveniencia de que un personaje perdiera la virginidad estando en el bachillerato.

Digno de mención es que ninguno de estos editores está pensando realmente en los chicos cuando pide tal o cual modificación. Piensa en el área comercial. Que a su vez piensa en los maestros. Que a su vez piensan en los padres. Que a su vez piensan en los chicos... pero de manera equivocada.

Para los que no lo sepan o apenas no lo recuerden, en el 2001 se gestó un escándalo en este país de proporciones épicas (en el sentido literario de la palabra), protagonizado por un secretario de estado, su hija, las religiosas de la escuela de su hija, la profesora de literatura de su hija y, desde luego, un libro que leyó, por prescripción (claro), su hija. Un libro que, a la distancia, es más una historia de fantasmas que un relato candente de amor pero que saltó a la luz gracias a cierto pasaje de índole sexual que aparece entre sus páginas y que molestó al señor secretario. Me gustaría decir que se escenificó la peor pesadilla de cualquier editorial que rinde pleitesía al caprichoso dios demanda escolar... pero no puedo porque, a partir de dicho incidente, las ventas y la fama de "Aura" se multiplicaron notablemente. Así que Carlos Fuentes, cada vez que le hablaban del asunto, no podía evitar sonreír. Y la editorial con él, por supuesto. Y nosotros. Porque, sin demeritar el texto, en realidad el escándalo fue detonado más por un exceso de delicadeza del señor secretario que por la naturaleza posiblemente transgresora del texto.

Mención aparte se merece un libro como "Cartas desde el interior" más actual y más controvertido y que también vivió su propio alboroto en el 2008. El encono de una madre llegó hasta los periódicos veracruzanos donde los chicos, como tomando dictado, declaraban: "nos incita a la violencia". Y la nota hizo retumbar los muros del portentoso baluarte de la LIJ. ¿La peor pesadilla de una editorial? Pregunté en Castillo Macmillan y me dijeron que el libro es sano y se vende como cualquier otro.

¿Y el colosal e implacable dragón de la prescripción escolar? Apoltronado e indiferente. Porque a nosotros se nos olvida que detrás del plumaje, las garras, los terribles ojos, el rugido y las llamas no hay más que silbatos, poleas, cuerdas y cartón piedra. Y un mago de Oz que es tan humano como todos nosotros.

En resumen. A mi parecer, son batallas ociosas. Los editores deberían creer más en su instinto al acoger un texto y un autor. Y que hay que pensar en los niños o jóvenes cuando se edita, no en los papás o en los maestros. Y que, así como una golondrina no hace verano ni un oompa-loompa una fábrica de chocolates, tampoco un padre espantado merece su propia revolución editorial avalada por todos nosotros. Porque ni quitar un "carajo", si está bien puesto, conseguirá un impacto significativo en la educación de nadie, como tampoco intentar dictar la norma porque igual ningún autor está tomando nota. La verdad, todo el mundo está escribiendo lo que le place y es labor del editor acoger el texto y hacerlo crecer en todos los sentidos pero, principalmente, para que el niño o el joven se lo apropien porque, de no ocurrir esto, podremos estar hablando de muchas cosas pero no de auténtica LIJ.

Claro, la mayoría quisiéramos, como dice Elsa Aguiar, que todos los libros 1) formaran/enseñaran; 2) fuesen de calidad y, para rematar, 3) atractivos para los muchachos. Pero si perseguimos, también como dice ella, "hechos de lectura" y no sólo aprendizaje puro, mucho estaremos avanzando en esta materia. La demanda, es decir, puede estar trastocada. Porque olvidamos el tercer punto por sólo darles los dos primeros a los muchachos. Y en eso, perdonarán ustedes, también infieren los editores. Nadie se atreve a cuestionar el éxito de "Matilda" entre los niños y, no obstante, no estoy seguro de que muchos editores de hoy en día se atrevieran a publicarla si llegara el manuscrito primigenio a sus manos. "¿Maestros abusivos y pegones? ¿Desintegración familiar? ¿Telequinesis? ¿En qué demonios estaba pensando, señor Dahl? Mire, como un favor especial le voy a mandar el PDF de un autor de la casa, Arturo Cuyás, para que vea por dónde va la línea editorial y podamos, en el futuro, verlo en nuestro catálogo".

¿Hablamos también de "La peor señora del mundo", el libro para niños con más éxito en México y que estuvo a punto de no ser publicado por sus velados

mensajes de violencia y venganza pero que encanta a los niños? Se lo he leído a mi hijo por seis años y no se cansa de él. Y tampoco, dicho sea de paso, lo he sorprendido nunca dándole comida para perros a su hermanita.

Con todo, aquí cabe la reflexión... ¿están los autores optando por la corrección política para tener menos dificultades a la hora de editar y publicar? No lo creo. Al menos yo tengo un libro (“Ver pasar los patos”) donde hay más sopapos que en un guiñol y fue bastante bien acogido por la editorial. Y hasta ha conseguido el milagro de ser leído. Y disfrutado. Por los chicos, claro.

Así que, de nueva cuenta... no, no creo que los autores estén rindiendo cuota creativa a demanda alguna. Si acaso parece, de pronto, que hay menos risas y objetos que vuelan en la LIJ es por los tiempos que corren y porque cada autor elige en qué parcela quiere sembrar y cosechar sus frutos. De pronto hay quien dejar el humor a un lado y trata un tema difícil y bien por él. Y por los niños.

Así que, de nueva cuenta... ¿cuál demanda?

La de los niños y jóvenes. Sin lugar a dudas. Es nuestra responsabilidad hacer libros pensando en ellos y no en los posibles obstáculos que podamos encontrar antes de llegar a ellos. Autores y editores. Obstáculos que no deberían inquietarnos, ni a la hora de escribir ni a la hora de editar. Porque no hay arte que se enriquezca con la mente puesta en la censura o en la posible carta de rechazo editorial. Acaso justamente porque los niños no tienen dinero es que la literatura infantil y juvenil debiera ser la más pura de las artes. Y creo que si un autor de LIJ puso un "carajo" en alguno de sus libros no es porque haya olvidado que era un libro para chicos en ese momento sino por el contrario. Y que si luego es forzado a cambiarlo por un "recórcholis" lo lamenta principalmente por él, por el chico. Y luego, sí, por su arte. Pero principalmente por él, por su lector, que se perderá de saber que a veces la gente suelta un buen carajo cuando bien vale la pena.

En ese sentido también vale aplaudir la labor del buen editor de LIJ, el que regula en forma sana. Berta Hiriart me hizo ver, y se lo agradezco, que un buen libro de LIJ es como una buena representación teatral, donde el autor acepta modificar su texto, a la hora de la puesta en escena, por el bien del espectáculo, a veces tan impredecible.

Libros difíciles. Libros controvertidos. Libros tremendos. Libros divertidos. ¿Es que esos filtros entre el niño y sus libros no pueden, más bien, volverse puentes? ¿Es que los maestros y papás no pueden estar ahí para hablar con ellos sobre lo que van a encontrar dentro y que es la vida misma? El sexo, la belleza, la violencia, el desencanto, la libertad de pensamiento... De nuevo recordemos que esa maquinaria prescriptiva está hecha por seres humanos. Y todos oyen cuando se les habla. Y responden también.

Marina Colasanti cuenta en un ensayo (5) un momento difícil, cuando en una visita escolar las niñas del aula comenzaron a decirle que no habían entendido su libro. "¿Qué fue lo que no entendiste?" "No entendí nada". Y así. No eran dos o tres, como bien relata, sino una epidemia. Todo el salón. Y la profesora, mirando desde atrás. "Una cosa me resultaba clara:", dice Colasanti, "impulsada por un rígido espíritu didáctico, y queriendo preparar a sus alumnas para mi visita [...] les había pedido que entendieran los cuentos apelando a la razón. [...] Si la profesora hubiera preguntado a las niñas qué sentían, las cosas habrían marchado mucho mejor. Pero el sentimiento no sirve para evaluar el C.I."

Hechos de lectura. Me atrevo a decir que los niños y jóvenes no necesitan comprender sus lecturas, pero sí vivirlas. Sí sentirlas. Cuestionarlas. Odiarlas. Disfrutarlas. No quedar indiferentes. Llorar o reír.

Reír, carajo. Reír.

Tanto nos esmeramos en darles "valores" a los muchachos en sus libros que olvidamos el ejemplo mismo que damos sin querer, los que quedamos de este lado

del proscenio, al rendirnos al mero afán de la venta. La LIJ es un arte consumado cuando hace eco en los niños y jóvenes. Conmover a su público es lo que busca un artista. Y cuando un empresario editorial pierde de vista la responsabilidad social de que forma también parte de ese puente entre el autor y el niño, entre el libro y su lector, es como si necesitara, paradójicamente, más "valores" en su vida (y no me refiero a los bursátiles).

Claro. Todos queremos vender. Los autores también, por supuesto. Pero sin miedo. Revaloremos. La demanda comercial bien puede ser un superhéroe en vez de un monstruo. A fin de cuentas, acerca los libros a los niños. Esos mismo libros que acaso habrán de cambiarles la vida. ¡Genial! Pero hagámoslo sin miedo. Los padres deben perderle el miedo a sus hijos... y hablar con ellos. Los maestros a los padres... y hablar también. Los vendedores a los maestros. Los editores. Los autores. En fin. Hablemos todos. El dragón no es más que alambres, silbatos y cartón piedra. Adentro hay gente. Y gente buena.

Aunque bueno, para dismantelar el aparato, hay que atreverse a transgredir. Principalmente, confrontar al adulto que, aunque de mirada adusta, se muere de miedo ante el niño que le observa mientras chupa un sorbete, listo para darle una lección de vida.

Hay que ser Peter Pan desafiando a Garfio.

Pensar en cosas buenas (como que los niños son más inteligentes y más sabios de lo que creemos y que la industria editorial se preocupa por ellos y que no hay padre ni maestro que no actúe, en principio, de buena voluntad) y podremos despegar los pies del suelo sin necesidad de polvo de hadas.

Y el arte (la LIJ, pues) ganará siempre la batalla.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) Michéle Petit: Pero ¿y qué buscan nuestros niños en sus libros?, Colección Lecturas sobre lecturas, DGP Conaculta, pag 33
 - (2) Niños, Niggers, Muggles, sobre literatura infantil y censura. Elisa Corona Aguilar. Deléatur, pág. 57
 - (3) En el mundo de la magia se come rosbif. Conferencia, 2001. Incluido en el libro "Fragatas para tierras lejanas" Marina Colasanti. Pag. 150
 - (4) Editar en voz alta. Elsa Aguiar. Ediciones SM. 2015 Pag. 50
 - (5) En busca del mapa de la mina: pensando en la formación de lectores. Conferencia, 2001. Incluido en el libro "Fragatas para tierras lejanas" Marina Colasanti. Pag. 69, 70
- Historia portátil de la literatura infantil. Ana Garralón. Anaya.